

glos han compilado, modificado, aumentado esos dos poemas célebres. Existían ya desde hacía mucho tiempo cuando la veneración popular por sus grandes héroes Rama y Krishna hizo de estas victoriosas figuras las personificaciones de Vishnu.

No fué, sin embargo, sólo la aureola de las victorias militares lo que los fieles admiraron en ellos; fué la condición dulce, simpática y hasta amorosa de su carácter. La ternura mística que se apoderó de los corazones hacia Vishnu se convirtió en un amor humano, ardiente, apasionado, cuando tuvo por objeto estas hermosas figuras, visibles, animadas, casi vivas, de Rama y de Krishna.

En Rama se adora al conquistador de la India y de Ceylán, al vencedor asegurando el triunfo de la raza aria, pero ante todo al esposo de Sita. Esta pareja fiel y tan enamorada es al mismo tiempo la de Vishnu con su esposa Lakshmi, la deidad de la belleza. Las desgracias de Sita, su fidelidad, la pasión ardiente y única que inspira á Rama, he ahí los temas fecundos en emociones vivas que enternecen la India desde hace siglos.

Véase cómo se expresa en este punto un indo moderno, tan librepensador como un indo puede serlo, en una obra que ya hemos citado (*El Guzerat y sus habitantes*):

«¡Feliz la nación que posee Rama y Sita como ideal! ¡Feliz el hogar que ofrece su tributo de homenaje á esa sin igual pareja! El viejo y rudo artesano, su sencilla é ignorante compañera, la dulce y romántica doncella, mezclan sus lágrimas sinceras mientras recita el sacerdote algún pasaje favorito del volumen sagrado. ¡Y feliz, tres veces feliz el hombre, si no fué con todo más que un hombre quien pudo elevarse hasta el mismo manantial de la divina inspiración y crear dos seres de tan exquisita hermosura!»

Los goces de la familia, que fueron siempre los primeros para los arios, encuentran su más alta expresión en el *Ramayana*. El tipo del amante perfecto, lleno de seducciones ardientes desde su infancia, atrayendo á sí el amor de todas las mujeres, se encuentra en Krishna, el más popular de los héroes de la India con el bello Rama.

La leyenda de Krishna niño, que no carece de relación con la de Cristo, es cara á todas las madres indas, como la imagen del Niño Jesús lo es á las madres cristianas. Y las mujeres cuyo corazón está solitario, las hijas, las viudas, tienen por el divino amante el culto apasionado y místico que nuestras mujeres occidentales sienten de ordinario por el Crucificado, su celeste Esposo.

Bajo el ardiente clima de la India y con el temperamento inflamable de los orientales, este aspecto amoroso de la religión de Vishnu debía producir resultados bastante contrarios á la moral, tal como se la comprende en Europa.

Entre ciertas sectas, dedicadas más especialmente al culto de Krishna, en particular en el Guzerat, donde los sacerdotes vishnuitas llevan el título de maharajahs, resultar amante de Krishna, es decir, de los sacerdotes que representan á Krishna, es un fin muy perseguido por las mujeres. Llenos de solicitantes, los maharajahs hacen pagar muy caros sus favores. El autor indo que ya he citado varias veces, M. Malabari, se expresa á propósito de esa costumbre del siguiente modo:

«Los europeos pensarán que el *maharajismo* es una superstición deshonrosa, un sistema de innoble sensualidad; pero mientras se conserve en olor de santidad, mantendrá millares de familias indas bajo el yugo de su culto bestial.»

4.º — VARIEDAD INFINITA DE LAS RELIGIONES DE LA INDIA. SUS INCESANTES TRANSFORMACIONES

Acabamos de bosquejar en sus principales líneas las dos religiones de Vishnu y de Siva, y hemos indicado el dogma de la trinidad, que asocia esos dioses á Brahma y constituye el fondo de todas las creencias.

Pero lo que nos es imposible describir, y de lo que quisiéramos no obstante dar una idea al lector, es la multiplicidad infinita de las religiones de la India y el mudar perpetuo que las agita. Ninguna es estable, y no obstante cada una se eleva

á la más remota antigüedad y encuentra su origen en los *Vedas*. Llevan un nombre común, el neobrahmanismo ó indoísmo; sin embargo, son tan numerosas y tan variadas como las hojas de los árboles en un gigantesco bosque. Tienden todas al monoteísmo; sin embargo, todas poseen millares de dioses, frecuentemente ídolos de piedra y de madera representando los más groseros objetos. De cada una de ellas se desprenden ideas filosóficas sorprendentes por su profundidad, y en cada una se encuentran las supersticiones más miserables del espíritu humano.

Si se quiere resumirlas en pocas palabras, puede decirse que están formadas por el antiguo panteón brahmánico, compuesto también de grandes fuerzas de la naturaleza divinizadas por los *Vedas* y personificadas por los brahmanes. Estas divinidades exigentes, implacables, insensibles, fueron profundamente dulcificadas y humanizadas por el budismo. La influencia del budismo es evidente en todas las ramas de la religión neobrahmánica; ha deslizado por todas partes su espíritu de benevolencia y de amor. Humano por su caridad y sobrehumano por la abstracción de su filosofía, ha perecido por la una y triunfado por la otra. Buda ha conservado el derecho de ciudadanía entre los dioses innumerables que llenan los templos; se ha convertido sencillamente en uno de los avatars de Vishnu.

En medio de esta prodigiosa confusión de doctrinas y de dioses nos ha sido fácil obtener tres ó cuatro grandes rasgos del todo característicos del genio religioso de la India: manera de concebir el universo, tendencias monoteístas del alma y politeístas de la imaginación, tolerancia absoluta y fraternidad de las creencias más opuestas. Y esta misma variedad infinita, sobre la que insistimos, ¿no es la herencia directa de los antiguos arios, el resultado del efecto producido al comienzo de la vida intelectual de esta raza impresionable por el espectáculo perpetuamente variado de una naturaleza llena de grandeza y de contrastes?

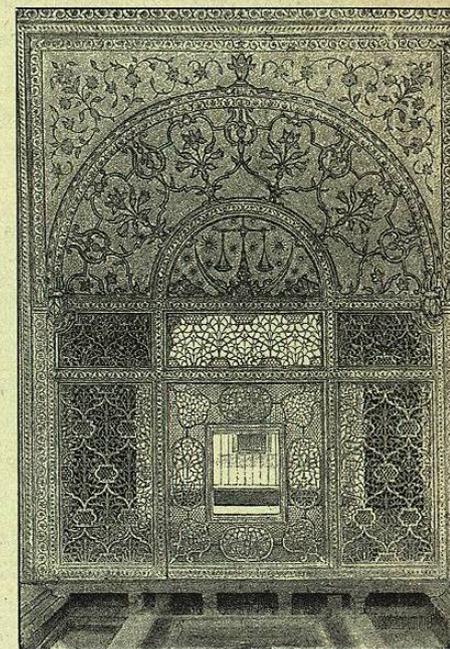
En nuestras lenguas frías y limitadas del Occidente, destinadas á pintar horizontes agradables, pero con frecuencia empañados

y monótonos, tenemos tres ó cuatro epítetos, siempre los mismos, para definir el color del cielo, la forma de la nube ó el movimiento de la fuente. Homero mismo, cuando ha señalado de un modo la vivacidad de Aquiles ó la majestad de Júpiter, coloca en todo instante esa palabra al lado del nombre del dios ó del héroe, presentándonoslo constantemente con el mismo aspecto.

En los *Vedas* no ocurre nada parecido; no hay la nube, hay millares de nubes de todos colores, de todas las formas, rápidas ó pesadas, lo mismo que pasa en la realidad en el cielo por encima de la frente del poeta; la llama de Agni, las olas del Soma, el movimiento de los vientos, las tintas del crepúsculo y de la aurora, todo eso cambia como en la naturaleza misma; y como cada cosa es un dios, cada dios es múltiple. Esta multiplicidad continúa en el neobrahmanismo, es decir, hasta cuando las manifestaciones de las fuerzas del universo se han convertido en divinidades personales.

Desde que un indo religioso concibe más especialmente su

(1) La magnífica ventana de mármol blanco esculpido y calado que representa este grabado se encuentra al fondo de la sala del Dewani Khas, ó sala privada de audiencia, del palacio de los reyes mogoles, cuya entrada hemos reproducido en el grabado anterior. La admirable sala del Dewani Khas tiene 90 metros aproximadamente de longitud. Las columnas están adornadas, ó lo habían estado, de piedras preciosas. Estas han sido quitadas y reemplazadas, con



DELHI. (Período mogol). — Ventana de mármol esculpido y calado de una de las salas del palacio de los emperadores (1).

(Altura hasta el fin del rectángulo superior del dibujo, 4^m,30)

dios bajo una de sus fases con uno de sus atributos, se funda una secta que establece el culto de ese atributo. No hay necesidad de ser bracmán para dar origen á una secta; los hombres de las clases más humildes han resultado á veces reformadores. Apenas el apóstol ha reunido á su alrededor algunos discípulos, queda hecho *guru*, es decir, conductor. Cuando desaparece, le suceden otros gurus que interpretan la doctrina á su manera. Se es guru ya por herencia, ya por vocación, y con frecuencia fuera de la casta de los sacerdotes propiamente dichos. Como el guru pasa por estar directamente inspirado por Dios, su ascendiente moral es muy grande.

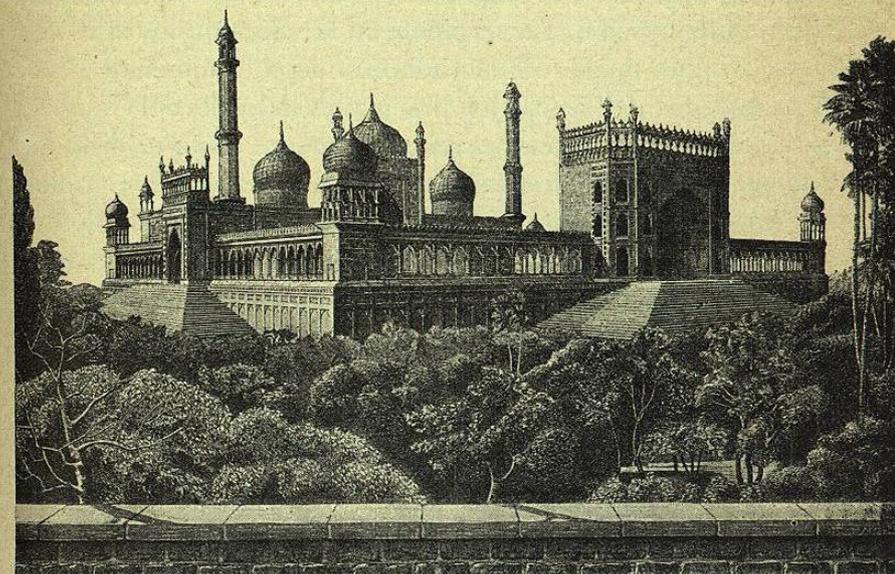
Uno de los más célebres gurus de la India y uno de los personajes más notables de su historia es el fundador de la secta de los sikhes, el célebre Nanak. Nacido cerca de Lahore, hacia el fin del siglo xv, soñó fundar una religión monoteísta que habría tenido á la vez por adeptos los musulmanes y los indos. Reclutóse sus discípulos entre los jates turanios de la cuenca del Indo.

Al revés de lo que ocurre muy generalmente, esta secta nueva continuó prosperando. Dos siglos después de la muerte de su fundador, uno de sus mejores sucesores, el guru Govind Singh, la organizó militarmente y la secta se convirtió en un pueblo cuya valentía fué fatal para los mogoles y tuvo largo tiempo en jaque á la pujanza inglesa. Hemos demostrado en otro capítulo que á fuerza de ejercitar sus cualidades físicas y de casarse entre sí, los sikhes acabaron por constituir una verdadera raza, de las más bellas de la India.

De pasada hemos citado el ejemplo de los sikhes para señalar

suma habilidad, por pinturas. En la parte inferior del friso de esta sala se encuentra la célebre inscripción persa: «Si el paraíso está en alguna parte de la tierra, ¡es aquí, es aquí, es aquí!» El palacio de los reyes mogoles de Delhi, hoy en parte destruído por los ingleses, fué comenzado en 1638 por el emperador Shah Jehán, y ocupa dentro de la fortaleza que lo rodea un paralelogramo de cerca de un kilómetro de longitud por 500 metros aproximadamente de anchura. Los muros de la fortaleza forman un recinto de asperón rojo coronado de almenas é interrumpido por torres terminadas en quioscos.

las consecuencias que puede tener la formación de sectas religiosas en la India. Sin duda muy pocas sectas llegan á la importancia alcanzada por la de los sikhes; pero todas tienen por consecuencia inmediata la formación de castas nuevas cuyos miembros no pueden casarse sino entre sí y consideran á los demás habitantes de la India como tan extranjeros para ellos como pueden serlo los europeos. Muchas causas se oponen se-



DELHI. (Período mogol). — Vista general de la gran mezquita (1)

guramente á que la India pueda formar hoy un solo pueblo. Esa multiplicación incesante de las castas bastaría sólo á impedirlo.

Al lado de las numerosas religiones que se reúnen bajo la denominación general de neobrahmanismo es preciso citar antiguos cultos aún en vigor entre los aborígenes. Algo hemos

(1) Esta mezquita, la más importante del Asia, fué comenzada por Shah Jehán en 1644 y terminada en 1658. Su decoración interior es sencillísima; pero, al contrario de lo que se observa en la mayoría de las mezquitas mogoles, su exterior es de los más sorprendentes y no se conoce otra mezquita en la India

dicho de ellos en nuestro capítulo de las razas. La adoración de los genios del aire y de las bestias dañinas, serpientes y tigres, está allí predominante. Hemos visto en los Nilghirris pueblos pastores, los badagas, los todas sobre todo, deificando sus vacas y sus toros y haciendo de sus pastores grandes sacerdotes.

Todos esos cultos, más ó menos idólatras, han influenciado á las mismas poblaciones brahmánicas. El culto de los animales desempeña un papel muy importante en todas las religiones de la India sin excepción. La serpiente y la vaca son los más venerados. Ningún pueblo de la India les niega el homenaje divino. Los budistas del Nepal, los brahmanes del valle del Ganges, los salvajes del Gondwana, evitan igualmente como el peor de los crímenes la muerte de una vaca ó de una serpiente. La imagen de este último animal se encuentra en todos los templos al lado de las estatuas de los dioses. Está consagrado á Vishnu como el mono, mientras que el toro y la vaca pertenecen más bien á Siva.

Un dios muy antiguamente adorado en la India y cuyo culto se mezcla también más ó menos á todas las religiones, es el Sol. Los arios le ofrecían ya sus plegarias y celebraron su esplendor en términos brillantes; sus descendientes, ya lo hemos visto, lo identificaron con Vishnu. Pero muchos entre ellos, como entre los dravidianos y los aborígenes, lo invocan aún directamente sin personificarlo.

5.º — FORMAS EXTERIORES DE LOS CULTOS INDOS

Aman los indos las imágenes y los signos exteriores; son muy formalistas en la práctica de su religión, cualquiera que ella sea.

que produzca más imponente efecto. Penétrase en su recinto por puertas monumentales situadas en la cima de grandes escaleras piramidales. Todo el monumento está construído de asperón rojo y adornado de fajas de mármol blanco. Las cúpulas están igualmente revestidas de mármol blanco. Los minaretes de a mezquita tienen 40 metros de altura, y el ala consagrada al santuario tiene 61 metros de longitud por 37 de profundidad. En esta mezquita se dijeron por postrera vez, un viernes de septiembre de 1857, las oraciones por el último representante del poderío mogol en la India.

Sus templos están llenos de emblemas, de los que los principales son el *lingam* y la *yoni*, figurando el principio masculino y el principio femenino. Han querido ver *lingams* hasta en los pilares de Asoka. En general la sencilla forma del cilindro ó del cono les representa el objeto sagrado y les llena de devoción.

Los votos, las penitencias, las mortificaciones, la lectura de los libros santos, las letanías, las plegarias, las peregrinaciones, pasan por muy meritorias y son muy escrupulosamente cumplidas. Ningún pueblo se ha mostrado tan rígido como el pueblo indo en el cumplimiento de sus deberes religiosos.

El libro más estudiado aún hoy por los brahmanes y los fieles es el *Rig Veda*. Su lectura constituye un mérito particular. La lengua en que está escrito, el sánscrito, desempeña para los indos el papel que el latín para los católicos y el hebreo para los israelitas. Las plegarias debe aprendérselas y repetírselas en coro en gran número. Para ayudar la memoria se sirven los indos de rosarios. Las campanas están sobre todo empleadas en los templos búdicos; en los templos brahmánicos están reemplazadas generalmente por gongos.

Los sacrificios, muy numerosos antes y que formaban hasta la parte más esencial de las prácticas religiosas, están lejos de tener hoy esa importancia fundamental. Se ofrecen á Siva víctimas sangrientas, á veces víctimas humanas, mientras que no se depositan sino flores y frutos sobre el altar de Vishnu.

Los sacerdotes tenían entonces una mayor importancia; eran también más instruídos que los de nuestros días. Explicaban gratuitamente á los fieles los pasajes oscuros de los libros santos y celebraban con gran pompa en sus espléndidos santuarios las ceremonias y los sacrificios.

La magnificencia desplegada en ciertos templos renombrados de la India, los días de fiestas religiosas, ha sido siempre muy grande. Aún es preciso contar anualmente por cientos de miles los peregrinos de Benarés, de Jaggernot y de las grandes pagodas del Sur de la India. El aspecto del interior de esos grandes santuarios es muy imponente y propio para impresionar de un